

La noticia no tardó en circular por la ciudad, devolviendo la calma y la tranquilidad á sus moradores.

—Puesto que son amigos, dijo Moctezuma á sus ministros, puesto que quieren la paz, intentemos de nuevo obtener por la súplica lo que nos proponemos alcanzar por la fuerza.

Enviémosles nuevos embajadores, nuevos y más costosos presentes.

No olvidemos que el cielo nos ha anunciado grandes catástrofes, y que tal vez los envíe para castigarnos.

Yo les ofreceré mi amistad para su rey.

Si nada conseguimos, al ménos tendremos tiempo para preparar con más calma y seguridad los medios de impedirles que lleguen aquí por la fuerza.

Nombró en seguida á los que debían formar parte de aquella embajada, eligiendo á dos sobrinos suyos y á cuatro caciques de los más ancianos para que les aconsejaran é impusieran respeto á los españoles.

Por más que en sus adrentos había jurado consagrar á sus dioses en un solemne sacrificio la vida de los habitantes de Zempoala y Quiabíslan, encargó mucho á sus embajadores que trataran con mucho miramiento á sus futuras víctimas para no irritar á sus protectores.

La embajada, con un rico presente, se puso en marcha, y no tardó en llegar á la que entónces ya llamaban los españoles villa de la Vera Cruz.

CAPITULO LVIII.

Tiempo perdido.



OR más que Hernan Cortés quiso recibir á solas á los embajadores de Moctezuma, no pudo conseguirlo.

No entraron en el palacio los caciques ni los habitantes de Quiabíslan.

Pero se agolparon en la plaza á la puerta del edificio, y con mezcla de curiosidad y de terror, vieron entrar en la morada de Hernan Cortés á aquellos enviados de Moctezuma, que al parecer se acercaban sumisos al feje de los extranjeros.

Recibiólos Hernan Cortés con la soltura y arrogancia del hombre que está seguro de su fuerza, y se entabló entre uno de los sobrinos de Moctezuma y el caudillo español, por medio de Marina, una conversacion muy animada.

—Nos envía, señor, á vuestra presencia, dijo el embajador mexicano, el más poderoso rey de la tierra, el que jamás ha visto eclipsarse su gloria ni su fortuna, el que somete con su voluntad á todos los pueblos y á todos los príncipes que se atreven á moverle guerra.

Pero por la misma razón de que su poderío es tan inmenso, comprendereis cuán grande es la amistad que os profesa, cuán alta idea tiene de vuestros merecimientos al enviarnos para decir:

«Los dos pueblos tributarios de mi corona han atentado inicuamente contra la libertad de mis emisarios.

«Su culpa solo podrían redimirla pereciendo todos sacrificados á los dioses.»

—Vuestra presencia aquí, prosiguió el emisario, los libra por ahora del enojo de su señor y dueño.

Ya veis que os muestra grandemente el emperador Moctezuma la amistad que os profesa, porque con vuestra presencia en estos sitios, en vez de nosotros, hubiera llegado un numeroso ejército, que habria convertido en cenizas las moradas de estos miserables; habria degollado ante el ara á los esclavos de Zempoala y Quiabislan, adornando el adoratorio con sus cabezas, para eterno escarmiento de los que en lo sucesivo pudieran atreverse á imitar su ejemplo.

Oyó Hernan Cortés este discurso con una sonrisa que demostraba hasta qué punto le parecian ridículos los alardes de aquella gente.

—Muy justo me parece, contestó, que vuestro emperador quisiera castigar á los que considere rebeldes.

No disculpo yo la osadía de los que han aprisionado á sus ministros.

Pero bien habeis visto que yo vengo de paz, cuando he librado de sus garras á dos de los embajadores, y los he enviado á México.

Bien podreis presumir que mis deseos son conciliadores, cuando he arrebatado de las prisiones de los indios á los otros comisarios, tratándolos en mis navíos con las mayores consideraciones.

—Moctezuma, repuso su sobrino, os agradece en extremo esas pruebas de afecto que le habeis dado.

Pero os suplica encarecidamente que abandoneis á estos miserables, indignos de la honra de teneros á su lado, para poder de esta manera, despues de daros todas las satisfacciones que mereceis, enviar los verdugos que deben degollar á esos malvados.

—Esa seria demasiada crueldad, contestó Hernan Cortés. Cierto es que los caciques de Quiabislan y de Zempoala han

atropellado á los embajadores del emperador; pero creedme, alguna razon han tenido.

Ellos llegaron á imponerles de nuevo un tributo que siempre pagan los pueblos con repugnancia, y no contentos con exigirles una parte de sus bienes, les pidieron tambien veinte mujeres y veinte hombres para sacrificarlos en aras de los ídolos; y todo por la culpa de habernos recibido en su territorio.

—No podian hacerlo sin el permiso de su rey, de su soberano.

—Ni yo tampoco podia consentir que en mi presencia se intentase cometer semejante sacrificio. La religion que yo profeso, y profesan conmigo todos los españoles que me acompañan, se opone abiertamente á esos sacrificios humanos, indignos de los pueblos civilizados.

Estas palabras produjeron una gran sensacion entre los circunstantes.

—Respetamos vuestras creencias, dijeron los indios, y por la misma razon de que las respetamos, creyendo interpretar los sentimientos de nuestro monarca, os ofrecemos la seguridad de su afecto y su admiracion.

Os pedimos en su nombre que toda vez que vuestra religion no es compatible con la nuestra, que toda vez que miéntras esteis aquí, envalentonados los habitantes de Zempoala y de las provincias limítrofes, serán rebeldes á nuestro señor, acepteis el nuevo y cariñoso presente que os envía, y retrocedais á vuestra patria, seguros de dejar aquí grandes recuerdos de vuestro valor, de vuestras bondades.

—Es la tercera vez, dijo Hernan Cortés con seriedad, que me propone vuestro emperador que regrese á mi patria.

Inútiles son todos sus esfuerzos.

Inútiles cuantas tentativas haga para hacerme desistir de mi empresa.

Podeis asegurarle que los españoles no retraceden nunca.

Traemos para él una mision importante de nuestro soberano.

Ya habeis visto cómo sabemos defendernos de los que nos atacan.

No provocamos á nadie.

No buscamos la lid.

Pero sabemos luchar y vencer.

Yo he ofrecido á mi rey y señor ir hasta México.

Ver al emperador.

Hablarle en su nombre.

Proponerle su amistad.

Destruir sus falsas creencias.

Difundir en su pueblo la luz de la religion que ilumina nuestra alma.

Que lo tenga entendido para siempre; iremos á México de grado ó por fuerza.

—Nadie se ha atrevido hasta ahora á desobedecer las órdenes de nuestro soberano, dijo el segundo sobrino de Moctezuma.

Ved lo que haceis.

—No creais intimidarme, contestó el valiente caudillo.

—Ved que podria suceder muy bien que no tuviese fuerzas Moctezuma para contener á sus soldados.

Ved que indignados al veros desobedecer sus órdenes, podrian salir á vuestro encuentro.

—Que pregunte á los de Tabasco si es fácil detener nuestra marcha.

Pero no hablemos más, concluyó Hernan Cortés.

Dad gracias á vuestro rey por el presente que me envía.

Cuando salgais hallareis otro, con el que pago el suyo.

Cuando él se convenza de que no tiene más remedio que recibirme, cambiará de opinion, y hasta se alegrará en que me obstine en desobedecerle.

Dichas estas palabras, se levantó Hernan Cortés, y saliendo de la habitacion, dejó consternados á los embajadores.

Durante algun tiempo no supieron qué partido tomar.

Se miraron unos á otros, sin poder explicarse lo que les pasaba.

¿En dónde hallar valor para acercarse á Moctezuma y decirle que cuantos esfuerzos habian hecho hasta entónces eran inútiles, y que los españoles estaban resueltos á llegar á México.

—Sus palabras son terminantes, dijo uno de los embajadores.

—Nuestro deber es trasmitírselas inmediatamente á Moctezuma.

—Se irritará de seguro.

—Tal vez resuelva enviar el ejército que estaba preparado para salir al encuentro de los extranjeros.

—¿Y quién puede con ellos?

—Es verdad; su fuerza es superior á la de todos nosotros.

—Los oráculos no han mentido.

—¿Qué días de amargura aguardan á nuestro imperio!

—Lo que ha pasado en los últimos tiempos era un aviso de lo que nos sucede.

—Nuestra libertad peligrá.

—¿Qué nuestros dioses se apiaden de todos nosotros.

Y salieron del palacio con el rostro triste, con la mirada incierta.

Los indios que aguardaban para verlos salir, experimentaron una mezcla de alegría y temor al verlos de aquella suerte.

—¿Cómo han cambiado las cosas! dijo el cacique de Quiabistan. Estos hombres nos hubieran destruido, nos hubieran sacrificado si los españoles no nos defendieran.

—¿Qué poder tan supremo el suyo!

—¿Cuando Moctezuma envía embajadores para que se humillen ante él, qué hombre será!

—¿Moctezuma, que por nada del mundo consiente que desobedezcan sus órdenes!

—Hernan Cortés es su castigo.

— Nuestro ídolo Izquiarán se ha apiadado de nosotros al traerlos á nuestro lado.

La nueva embajada de Moctezuma solo sirvió para dar mayor fuerza á los españoles, y para calmar á los indios de Quibislan y de Zempoala, y á los de la Serranía de Totonaque, que decidieron ayudarle con todo su apoyo, estando dispuestos hasta á morir en su defensa.

CAPITULO LIX.

Noticias interesadas.



SATISFECHO el cacique de Zempoala de la amistad de Hernan Cortés, seguro de que no intentaría nada Moctezuma mientras estuviese á su lado, aprovechó aquella ocasion para satisfacer rencores antiguos, que solo habia olvidado ante la dura ley de la necesidad.

Una de las provincias más próximas á Zempoala era la de Zimpacingo.

No hacia mucho, que disgustados los dos caciques, habian luchando, teniendo que retirarse con pérdidas el de Zempoala.

Hasta entónces el cacique de Zimpacingo no habia ido á rendir pleito homenaje á Hernan Cortés.

Pero un dia, acompañado de Ilaiban, que este era el nombre del cacique de Zempoala, de varios indios de alto linaje, llegó á la morada de Hernan Cortés, y le dijo:

— Señor, ha llegado la hora de que me ampareis.

El emperador no se atreve á enviar sus ejércitos á castigarlos, porque estais á nuestro lado.

Pero aprovechándose de la influencia que ejerce sobre el cacique de Zimpacingo, le ha excitado á que venga contra mí, seguro de que nos dejareis dirimir esta cuestion á solas.

Pero he averiguado que fingiendo atacarnos á nosotros, va á daros una batalla.

Los de Zimpacingo son muy audaces.

Creen que no hay poder superior al suyo, porque los tiene muy alucinados con sus elogios Moctezuma.

Es necesario que apiadándoos de nuestra suerte, vayáis à su encuentro para defendernos.

Yo haré que todos mis vasallos sean soldados vuestros en esa expedicion.

Convenia á Hernan Cortés, en la situacion en que estaba, asegurarse más y más el apoyo de todos aquellos indios á quienes habia logrado dominar.

Nada más fácil para él que buscar un encuentro con los de Zimpacingo y vencerlos.

Esto podia aumentar su prestigio, y tal vez extender su influencia en aquel territorio.

Pensó asimismo que podian muy bien ser las hostilidades de aquellos indios una ocasion buscada por Moctezuma para romper con los españoles, enviar refuerzos, y conseguir por la fuerza lo que no obtenia por la súplica.

Era necesario, tanto para satisfacer á los de Zempoala, como para sacar del ócio á sus soldados, llevar á cabo aquella expedicion.

Todo era una patraña de Ilaiban. Hernan Cortés le creyó de buena fe.

Dispuso que cierto número de indios llevasen los bagajes y la artillería, y con cuatrocientos soldados se encaminaron hácia Zimpacingo.

Los demas se quedaron en Veracruz.

Al pasar por Zempoala encontró á dos mil indios que puso bajo sus órdenes Ilaiban.

Estaban divididos en cuatro escuadrones, y cada uno tenia su jefe.

Ademas llevaban insignias y armas, probando una vez más hasta qué punto estaban allí desarrolladas las nociones de la milicia.

Al pronto no quiso aceptar Hernan Cortés sus servicios.

Pero viendo la instancia con que Ilaiban le rogaba que los llevase á su lado, accedió á sus ruegos.

Despues de andar todo el dia, llegaron al anochecer á un paraje situado á más de dos leguas de Zimpacingo.

Allí pernoctaron.

Y á la mañana siguiente descubrieron la ciudad adonde se encaminaban.

Estaba situada sobre una pequeña colina y entre grandes peñascos, que ocultaban en parte los edificios.